# LA GENESIS COLOMBINA DEL DESCUBRIMIENTO

**Situación del problema. Causas generales e inmediatas del Descubrimiento. La participación de Bartolomé. Génova, Lisboa y Galway en la génesis del plan descubridor. La teoría generatriz de América. Cautelas de Dn. Fernando en la génesis y objeto del Descubrimiento. La ciencia y la experiencia de Colón: geniales aciertos y notables errores. El saber de Colón en relación con su proyecto: trascendencia de su atención a ciertos hechos. Lecturas principales: la *Imago Mundi* del Cardenal Pedro de Ailly. Las ofertas de Cristóbal Colón a Portugal y a España. Magnitud del Océano desde el Occidente a las Indias: su comprobación por diversas fuentes. Las bases del sistema científico del Descubridor en relación con la *Imago* y sus membretes marginales.**

La historia comúnmente leída nos presenta a Colón consultando autores y recogiendo noticias de navegantes, que emplazan las Indias a breve distancia del Viejo Mundo. En la estimación de esa brevedad la historia se ramifica: el brazo más frondoso consigna simplemente la parvedad; el otro grupo numera el espacio con cantidades distintas, y desde luego, ninguno de los autores demuestra sus asertos, o bien expone pruebas que se diluyen ante el estudio un poco detenido del tema.

El acceso a las Indias implicaba la meditación de varias cuestiones discutidas por entonces y sobre las que existían autoridades antagónicas: dimensiones del globo, magnitud relativa de mar y tierra, navegabilidad del Océano, y preeminentemente, y como consecuencia de ellas, la longitud del puente acuático que debían salvar las naves. Ante estos problemas geográficos, ¿a qué soluciones llegó el glorioso ligur?;



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

la respuesta no es demasiado fácil por faltarnos aserciones claras del Descubridor antes de 1492, y porque las aguas madres utilizadas confiadamente hasta poco hace, son muy sospechosas de contaminación según historiadores contemporáneos. Las bases que parecían mejor cimentadas, las apostillas colombinas a la *Imago Mundi* aparecen rodando en las investigaciones del P. Streicher, que observa —atinadamente, nos parece— que pocas son las que deben atribuirse a Cristóbal Colón con entera seguridad, y se inclina a relacionarlas con algún franciscano de la Rábida, cosa que examinaremos más adelante. Y sentimos discrepar fundamentalmente en su sentencia cesárea sobre las notas existentes en otro de los incunables manejados por los hermanos Colón, la *Historia rerum* de Eneas Silvio, de cuyo libro en conexión con Cristóbal dice: "No se pueden descubrir en él huellas de su mano".

Por el mismo tiempo en que el sabio investigador Streicher —y muy estimable persona— publicaba sus indagaciones, otro americanista, Cecil Jane, estudiaba con mucha atención y bastante prudencia, la preparación de la empresa descubridora, y en un volumen de la Hakluyt Society, advirtió: es posible y más que posible, que antes de emprenderse el Descubrimiento se reflexionara sobre sus problemas; pero las conclusiones a que llegase Colón en sus reflexiones, y los fundamentos en que las basaba, no pueden determinarse.

En resumen: precisa rehacer la historia de la gestación del encuentro de América.

Nosotros vamos a intentarlo y procuraremos mostrar con la mayor luz posible:

1º Las directrices precisas del plan gestado por Cristóbal Colón, o mejor dicho por los hermanos Colón, para seguir un camino nuevo hacia las Indias;

2º Las pruebas de diversa procedencia que sostienen tales directrices; y

3º La manifiesta exageración cometida cuando se quiere



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

disolver en suspicacias los datos extraídos, para ese objeto, de documentos colombinos.

En esta exageración queda plenamente inserta la manía que atacó a varios autores, después de aparecer las teorías del P. Streicher, de alejar los planes descubridores colombinos de las apostillas que orlan las páginas de la *Imago Mundi* y de la *Historia rerum,* obras respectivas del cardenal Pedro de Ailly, y de Eneas Silvio Piccolomini que llegó a ocupar la sede pontificia, las cuales, entre la pequeña parte superviviente en España de la extraordinaria *Librería Fernandina,* se encuentran en la que ahora se llama por todos Biblioteca Colombina, que continúa mucho mejor guardada, desde que Harrisse denunció en el siglo pasado los incalificables descuidos y saqueos que había sufrido, en la Catedral de Sevilla. Allí, y durante los años de 1938 y 1939, hemos estudiado los famosos incunables *Imago Mundi,* e *Historia rerum... locorumque descriptio,* profusamente anotados por Bartolomé y Cristóbal Colón, y además de ellos, el *Libro de las Profecías* (ms.), el de Marco Polo y el de Plinio, los cuales forman el obligado propileo que debieron andar con toda lentitud y atención todos los que han querido entrar en el estudio de los membretes colombinos. Por no haberse hecho así, hay tanto que corregir y tanto queda por expresar sobre dichas anotaciones. Este no es más que uno de los muchos problemas mal planteados y mal resueltos que nos encontramos en la historia del Descubrimiento de América, por cualquier capítulo que la abordemos.

El blanco apuntado por las proas de las carabelas de Palos en 1492, las Indias Orientales o Levante asiático, quedó fijado inconfundiblemente en un trabajo sobre "El Plan Colombino de Descubrimiento", que leímos ante el Congreso Internacional de Americanistas de Sevilla, y que se publicará —en Madrid al parecer— por la Comisión de Actas de dicho Congreso. En la génesis de este blanco o mira, no es posible igual exactitud. El momento en que la imaginación



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

colombina aportase al extremo Oriente carece, hasta hoy, de precisión cronológica, y de concreción la causa inmediata que tal pensamiento originase. Indudablemente, todas las indicadas por los cronistas, como navegación con los portugueses; el trato de marineros y sus charlas convergentes en descubrimientos realizados o por realizar; plantas, objetos y hombres extraños llegados a las playas occidentales; espejismos de los habitantes de Canarias, Madera, Azores, etc.; lectura de libros que suponían fácil, y hasta realizada en otros tiempos, la travesía del Atlántico; y, dudosamente, los papeles de su suegro Perestrello, llevaron, con intensidad imponderable, la voluntad de Colón a intentar personalmente el descubrimiento de islas y la navegación por el Occidente hasta las Indias. Dudamos sobre el influjo de los papeles del suegro, porque Bartolomé Perestrello no era un marino, y si obtuvo la capitanía de la isla de Porto Santo por influjo del Arzobispo de Lisboa, la concesión no fué un premio a sus méritos náuticos, puesto que no los tenía, sino a las gracias físicas de sus hermanas, muy apreciadas por el prelado. El eminentísimo señor D. Pedro de Noroña tuvo con las hermanas del supuesto marino Bartolomé P., cuatro hijos, tres con Blanca y uno con Isabel.[1]

[1] Cfr. VIGNAUD, *Histoire Critique*... t. 1º pp. 41-45, y también el libro de D. JOSÉ M. DE ASENSIO, vol 1º, apéndice sobre la familia Perestrello.

Bastante después de haber escrito esto, y al releer los nombres de la familia emparentada con Cristóbal por el casamiento de éste, advertimos algo que nos movió a modificar nuestra creencia. Reparamos en que la esposa de Perestrello pertenecía a la familia Martins, apellido noble —esta cualidad es importante de observar para nuestra nueva tesis— que también lleva el famoso canónigo y doctor lisboeta Fernando, amigo de Toscanelli, de quien recibió la célebre epístola datada en Florencia en junio de 1474. Así tenemos dentro de lo admisible, que: el doctor Martins fuese pariente de la suegra de Colón, que una copia de esta epístola la poseyera Perestrello —quien, por otro lado, no precisaba ser marino profesional para tener afición a la cosmografía y a las cosas de viajes y exploraciones— que la leyese Cristóbal, y que, como escriben sus biógrafos Fernando Colón y Casas se acalorase mucho en sus intentos descubridores.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

Ignoramos si el deseo de atrapar nuevas islas fué simultáneo con el de llegar por occidente a las Indias, o cual de ellos debemos postergar. Probable es que las islas incógnitas del mar tenebroso merezcan el derecho de primogenitura, y probable, igualmente, que pronto se hermanasen con los mares Indicos, empresa nacional de los portugueses que no podía ignorar Cristóbal Colón. Sin titubeos debe afirmarse que las supuestas islas, aunque fuesen delanteras en su origen, pasaron al grado de cenicientas en la apetencia del Descubridor, afirmación que garantizamos tras el repaso, *in situ*, de la marginalia de Bartolomé y Cristóbal Colón.

A la serie de causas aducidas por los historiadores para explicar la génesis del Descubrimiento opinamos que podría añadirse la cartografía. La afición de Colón a los mapas no es discutible, ni tampoco su habilidad para dibujarlos, aunque tal dibujo se quiera reducir a copiar, pues en cuanto a representar gráficamente una región no está facultado por todos los historiadores, exageración que no debemos secundar. Las cartas medievales solían salpicarse con leyendas histórico-geográficas. Acaso mientras copiaba alguno de aquellos mapas o contemplaba una esfera terrestre,[2] entreviese la facilidad de llegar a las extrañas regiones continentales y buscar, al paso, algunas de las islas que se interpusieran en la nueva ruta, pero con los datos conocidos no podemos aquilatar lo que el arte de representar nuestro planeta, además de dar la denominación que tiene a la ciencia de la tierra —que esto es lo que significa Geografía, dibujo o representación de la tierra— influyese en aumentarla con un nuevo e insospechado continente.

No por exceso de amor a la novedad expondremos aquí una hipótesis propia aunque no del todo inaudita, ni tampoco porque creamos deber de todo historiador que aspire a

[2] En este parecer hemos coincidido con D. SEGUNDO DE ISPIZUA, *Historia de la Geografía y de la Cosmografía...*, obra meritoria, sin duda, pero que encierra aserciones y errores inauditos.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

ser estimado de los lectores, la proyección de nuevas teorías para explicar algunos hechos. Lo hacemos porque encontramos algunas razones en que apoyarla y para que los doctos expresen su opinión sobre la intervención de Bartolomé en el Descubrimiento.

Se acepta entre los historiadores modernos que Cristóbal Colón, nacido en 1451, hijo de un padre humilde dedicado a tejedor y mercader y cuyos negocios no tuvieron nunca un aspecto boyante, no poseía otra ilustración que las primeras letras hasta después de su viaje a Portugal en 1476. Y su hermano Bartolomé queda en intensa penumbra cuando no enteramente olvidado, cosa poco justa si se atiende a ciertas circunstancias que seguidamente expondremos: Bartolomé Colón, nacido unos diez años después que Cristóbal y tercer hijo del matrimonio Colombo-Fontanarosa, debió de adquirir una instrucción más completa por el hecho natural en todas las épocas de secundar el primer hijo el trabajo del padre desde que su edad lo consiente, mientras que al segundo y con mayor razón todavía al tercero les está permitido un trato más moroso con la ciencia. El primero y elemental contacto que Cristóbal Colón pudiera tener en sus primeros años con la Geografía y Cosmografía es lógico que se intensificara en su hermano *junior*. Tendrían así razón algunos antiguos cronistas italianos —Gallo, Giustiniani— que reconocían en Bartolomé la primacía en el plan descubridor, y carecerían de ella sus contradictores que reservaban todos los lauros para la corona del hermano *sennior*. El primer cronista, Antonio Gallo, que escribió un comentario sobre navegaciones colombinas era canciller del famoso Banco de San Jorge de Génova tan recordado por Cristóbal Colón, y amigo personal de éste y de sus familiares en dicha ciudad y en Quinto. Recibió noticias directas del Descubridor y aparte de estos datos sabría por sí mismo y por su trato con los Colones que Bartolomé marchó antes que Cristóbal a Lisboa y



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

luego se informaría de sus tareas o trabajos en la capital portuguesa y en las expediciones lusitanas.[3]

Tales antecedentes y lo que ahora sabemos sobre las anotaciones de la *Historia rerum ubique gestarum locorumque descriptio* de Eneas Silvio —luego Papa Pío II— y de la *Imago Mundi*, nos previenen que no es dable asegurar que en el primero de los dos hermanos, Cristóbal, brotase inicialmente el atisbo de la ruta trasatlántica. Más leído e ilustrado, con gran probabilidad, el segundo, autor de la mayoría de las notas de más importancia cosmográfica del libro de Eneas y del de Ailly, es muy creíble que el hecho de figurar en la historia, uno tan avanzadamente, y el otro en plano tan humilde, se deba principal y hasta únicamente, a una cuestión de jerarquía familiar: mera prelación en la fecha del nacimiento. Ahora podemos conocer bien el alcance del preciso encargo del Almirante a su hijo Diego: que tuviera mucho amor a su hermano Fernando por la eficaz y leal cooperación que los hermanos prestan; según sabía prácticamente D. Cristóbal quien declara, que no encontró mejor amigo que sus propios hermanos —carta de Colón a Diego, 1 de diciembre 1504—. No sería, por eso, injusto, en el ensayo que sigue, de historia genética del Descubrimiento, que el lector atribuya a los dos hermanos por lo menos, lo que se

[3] GALLO redactó en 1506 su "De Navigatione Columbi per inaccessum antea Oceanum Comentariolum", que puede leerse en las bibliotecas caudalosas, en la colección "Rerum Italicarum Scriptores" que es *Raccolta degli Storici Italiani dal cinquecento al mille cinquecento.* Ordinata di L. A. MURATORI. Nuova edizione rivedute, ampliate e corretta. Con la direzione di GIOSUE CARDUCCI e VITTORIO FIORINI. Tomo 23, parte 1ª, "A cura di EMILIO PANDIANI". Citta di Castello 1910-11, págs. 79-87. El prefacio de E. PANDIANI ocupa las págs. XXIII a XXV.

El "Psalterium Hebreum... cum... glosis" de GIUSTINIANI (Justiniano en español) impreso en Génova, 1516, es de consulta no muy fácil, pero la glosa sobre el Almirante de las Indias, en la que sigue de cerca a Gallo, puede leerse en obra corriente, la *Bibliografía Colombina* de la Academia de la Historia, Madrid 1892, págs. 399-402.

Las relaciones entre Gallo y los Colones fueron estudiadas por Staglieno, pero su trabajo: "Antonio Gallo e la Famiglia di Colombo...", impreso en el *Giornale Ligustico,* de 1891, págs. 387 y siguientes, se hallaba ausente de todas las bibliotecas españolas que hemos frecuentado.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

expone hasta que Bartolomé abandona España, dejando aquí a Cristóbal, para tornar a Portugal y luego a Inglaterra.

Son legítimas, pues, las vacilaciones al conferir a una persona determinada el honor de la gestación del Descubrimiento, puesto que ya es más de una la que se halla en el palenque de la historia, y parejamente ocurre respecto al lugar en que tal gestación se iniciase. Génova tiene en esto algún derecho a revalidar sus antiguas credenciales considerando que Bartolomé, menos acuciado por los apuros mercantiles de su familia, dispondría de más tiempo para estudiar algo de latín, matemáticas y adquirir conocimientos sobre la Tierra. A juzgar por las anotaciones del Eneas, no debió leer las narraciones de los estupendos viajes realizados por Marco Polo y Nicolás de Conti. Aunque llegara a leer algún relato de viajeros italianos, y aunque su imaginación juvenil le llevase hasta las regiones sublimadas por sus compatriotas, la fantasía recorría un camino ya conocido, el de Oriente, y para pensar en un rumbo opuesto que condujera igualmente al Catayo, será más acorde con la historia, aguardar al tiempo en que los hermanos genoveses vivían en Lisboa y circunscribir a esta ciudad el sitio en que empezó a dibujarse en la mente de los ligures una nueva ruta para ir a las Indias; ruta que se quebraría al chocar con los obstáculos imprevistos de un nuevo mundo y de las inmensidades oceánicas. La fuerte posición de Lisboa se debilitaría considerablemente en el momento en que, históricamente, tuviéramos que aceptar el conocimiento por parte de Bartolomé —o de los dos hermanos— en su ciudad nativa, de la Geografía de Ptolomeo, en la cual, y muy especialmente en la opinión de Marino de Tiro, es totalmente justo ver una fuente de la cosmografía colombina. Tal conocimiento por medio de algún códice cuatrocentista que contuviese la famosa *Geografike Yfegesis* ptolemaica, por los hermanos ligures en su tierra natal, es simplemente probable pero del todo improbada hasta el presente. Desde la traducción de



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

la obra geográfica de Ptolomeo por el discípulo del sabio griego Manuel Crisólaras, establecido en Florencia a fines del siglo XIV, Jaime o Jacobo d'Angelo, quien dedicó su traducción al Papa Alejandro V —que sólo lo fué menos de once meses, de 1409 a 1410— las copias o códices de la *Geografía* del sabio alejandrino fueron difundiéndose entre los doctos[4] y el primero que la utilizó, además de su otra obra *Sintaxis Astronómica*, o *Almagesto*, ya conocida mucho antes, (desde el siglo XII por la Europa cristiana gracias a la escuela española de traductores de Toledo) fué precisamente Pedro de Ailly, en su incunable citado, el cual, con todos los tratados que lo componen, quedó redactado antes de 1414. Los mapas que acompañan con frecuencia a los manuscritos e impresos de Ptolomeo, que durante bastante tiempo se sustrajeron a la paternidad de este cosmógrafo para filiarlos con Agatodemon, vuelven a considerarse salidos de la mano del primero. Aunque la traducción de Jacobo d'Angelo fuera multiplicando los ejemplares de la Geografía ptolemaica, por medio de la imprenta, tanto los manuscritos por su elevado precio, como las primeras ediciones impresas aparecidas hacia el último tercio del siglo XV, en tiempos en que ya se puede decir que los dos hermanos genoveses se habían movilizado de su tierra nativa, no parecen de fácil acceso a los gestadores del Orbe Nuevo.[5]

[4] Uno de tales códices perteneció al rey aragonés Alfonso V que pasó casi todo su reinado (1416-1458) en Italia, y fué estudiado en la Biblioteca del Escorial por el profesor E. Bullón, quien dice que es verdaderamente regio por la esplendidez y elegancia con que todo él está trabajado.

[5] Vid. sobre Ptolomeo, su influjo en la Geografía del Renacimiento y sus ediciones, el segundo capítulo —"Das Weltbild des Mittelalters"— de KONRAD KRETSCHMER, de su importante obra, *Die Entdeckung Amerikas in ihrer Bedeutung für die Geschichte des Weltbildes*, Berlín, 1892, 1 vol. fol., págs. 81 y 82; y otra obra importante de nuestro maestro don ELOY BULLÓN, *Miguel Servet y la Geografía del Renacimiento*, Madrid 1929, cap. V. De consulta más fácil que la obra monumental de KRETSCHMER es su *Historia de la Geografía*, traducida por nuestro compañero Leonardo M. Echeverría y publicada en la colección "Labor", Barcelona 1930, 2ª edición, págs. 117-18.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

Pero una de las primeras glosas de mano de los Colones al libro de Eneas permite la introducción en la historia de una rival a Génova y Lisboa: la ciudad de Galway en Irlanda. Allí, hacia 1477, vieron —¿Cristóbal y Bartolomé?, ¿solamente uno de los dos hermanos?— a un hombre y una mujer de aspecto que les admiró, y que habían llegado por el mar. En tal glosa, como en otras muy cercanas, la procedencia india o china de tales seres, así como el arribo de otros indios al Occidente europeo se expresan concretamente. La que de especial manera nos interesa ahora, expone: "homines de catayo versus oriens venierunt nos vidimimus multa notabilia/ et specialiter in galuei ibernie/ virum et uxorem in duobus lignis areptis ex mirabili persona/:". Ante aquella pareja encontrada en Galway ¿comenzaron a pensar que en lugar de la dirección tomada por sus paisanos para ir al Catayo habría otra más corta? Es de temer que ni para esta ni para otras muchas cuestiones colombinas, encontremos durante largo tiempo otras respuestas que las hipotéticas.

En cambio, podemos, siquiera, asegurar la procedencia colombina, y de Cristóbal mejor que de su hermano, de tal nota, yacente al verso del folio 2 de la *Historia rerum,* nota que después de las conclusiones del conocido paleógrafo germánico P. Streicher, estaba divorciada del Almirante, como todas las otras del incunable. Para nosotros, esta glosa como la del margen frontero: *ex india in germania* y dos más que anteceden al recto del mismo folio 2, son de Cristóbal, y por su tinta y letra difieren claramente de las varias y más caligráficas de Bartolomé que las acompañan. En la segunda de aquéllas aparece la tendencia a la letra cursiva, tan marcada en el mayor de los hermanos, con su *s* abolsada —palabra *naufragiis*— así como se repite en otras *eses* y *des* de folios varios. Además, por encima de la primera de estas apostillas, cabe el fin de la línea once del libro de Pío II que habla de la insularidad de la tierra (es decir, de la costra sólida), se ven los tres puntos dispuestos en triángulo, escritos con



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

la misma tinta desvaída de las glosas *cristobalinas*, triángulo que reaparece en otros folios, como en el 3, entre una línea que habla de la situación del paraíso y un breve apunte: *paradisum terre*, de la letra indudablemente *cristobalina* que nos ofrece el libro de Marco Polo. Bien conocida es la preocupación del Almirante por localizar el paraíso terrestre, así como su convicción de ser el varón elegido para verificar el Descubrimiento anunciado por los profetas. En el *Libro de las Profecías* —que lejos de ser una falsificación como anunció Magnaghi, es la base más segura para un estudio de la letra colombina— y en pasajes que Colón creyó que le aludían, tampoco faltan los puntos en triángulo, ni la compañía de notas paladinamente del hermano primogénito, como la del folio 35: *aquí es colocuti*, ese Colocuti o Calicut que —y esto tampoco es muy sabido— tanto preocupó desde el viaje de Vasco de Gama, al que tan obsesionado vivía ya con el Catay, Mangi, Cipango, Saba y Ofir.

En estudio especial sobre el importante problema de la escritura colombina del que hemos bosquejado un avance que aparecerá en este mes o en noviembre, nos ocuparemos detalladamente de signos, notaciones, y demás tangencias con el tema.

A falta de aquellas rigurosas puntualizaciones sobre las muchas encrucijadas colombinas, podemos ver con relativa limpieza las ideas cosmográficas que proyectaron al extremo oriente las esperanzas del genovés. Son reducibles a dos, verdadera una y falsa otra: esfericidad de la tierra y minoración de las distancias entre Europa y Asia. Por la primera se establecía la seguridad de alcanzar la linde oriental navegando siempre al Occidente; por la segunda se facilitaba esta navegación tanto más, cuanto más breve fuese el océano interpuesto. Y a su vez este acortamiento de las distancias oceánicas se producía de dos maneras: suponiendo la circunferencia terrestre de menor longitud que la real, y admitiendo que la masa sólida se extendiese en el sentido de los paralelos ma-



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

yor número de grados de los que le correspondían. Ambos errores fueron profesados por Cristóbal Colón.

Con tales bases nos será permitido asentar que en la navegación a las Indias de la *Santa María, Pinta y Niña,* se tropezó con el continente americano, y que su descubrimiento es el fruto, completamente inesperado, como continente nuevo y distinto de Asia, de una teoría cosmográfica que sustentó el Almirante y que se resumía así: la tierra era esférica, el grado terrestre medía 56 millas y 2/3 (unos 83 kms. y medio), y en consecuencia, la circunferencia ecuatorial tenía 20.400 millas, o 30.000 kms., o sea una cuarta parte menos de los 40.000 que cuenta. De esta longitud, la costra ocupaba seis partes y la séptima el agua. Resultado final: entre Europa y las Indias orientales se espaciaba un océano cuya anchura media debía ser de unas 700 u 800 leguas —tres mil millas poco más o menos— unos 4,500 kms. en cifras redondas. Este era el credo científico de Colón cuando peregrinaba tras la corte de Castilla, credo iniciado en Portugal y que debió estar ultimado —al menos en partes fundamentales— en los años postreros de su residencia en la nación lusitana.

La idea de la redondez de la tierra estaba comúnmente aceptada en el siglo XV por los hombres de algunos estudios y generalizada entre los navegantes. Que Colón la acogiese es un hecho que ningún historiador discute, y esta esfericidad persiste o domina sustancialmente, aunque creyera desde el tercer viaje que el geoide fuese más o menos pectiforme, esto es, que tuviera en cierto sitio un saliente a modo de pezoncillo, con lo que esta deformación de la esfericidad terrestre viene a relacionarse con la figura tetraédrica que ahora se atribuye a nuestro planeta, como ya advirtió oportunamente nuestro eximio geógrafo Dantín Cereceda. La encrucijada histórica se halla en la génesis de sus ideas acerca de la amplitud oceánica, y explicar esta génesis es lo mismo que aclarar la sorprendente aparición de América.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

*

El libro escrito por Fernando Colón ha sido llamado piedra angular de la historia del Descubrimiento, pero en cuanto a su gestación científica e ilustración del Almirante, sirvió de base para que muchos americanistas propagasen graves errores, aunque ciertamente, pocos o ninguno se han dejado prender por la capciosa intención con que se escribieron los capítulos V a IX de la *Historia del Almirante,* ni han visto siquiera que tales capítulos se dirigen, más que a ilustrar, por amor a la verdad histórica, nuestro conocimiento de la gestación del hallazgo de América, a excusar a su padre del erradísimo concepto que llegó a formar y que abrigó antes de 1492, de la proximidad de las tierras orientales de Asia a las occidentales de Europa, y con esta intención achacó a otros la responsabilidad de tal concepto. Por ejemplo a Toscanelli, de quien se insertó la epístola al canónigo portugués Fernando Martins, prefaciada con unos cuantos renglones dirigidos a hacernos creer que el geógrafo florentino recibió una consulta de Cristóbal Colón a la que contestó enviándole copia de la carta que antes había remitido a dicho Martins. Por si esto no bastaba, se puso otra carta, en el mismo capítulo VIII, del florentino Toscanelli al genovés, en la que se vuelve a aprobar el magnífico y grande deseo colombino de "navegar en las partes de Levante por las de Poniente". Tras estas dos supuestas cartas de Toscanelli a Cristóbal Colón, su hijo Fernando procedió a cerrar su capítulo VIII de este modo: "Esta carta, como he dicho, encendió mucho al Almirante para su descubrimiento, si bien quien la envió estaba en el error de creer que las primeras tierras que se encontrasen habían de ser las del Catay y el Imperio del Gran Can, con lo demás que refiere; pues, como ha probado la experiencia, es mayor la distancia desde nuestras Indias, allí, que la de aquí a dichos países".

Ya es hora de ver y decir que si Fernando Colón llega a



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

redactar su *Historia del Almirante* antes de 1522, o sea con prioridad al regreso de la nao *Victoria,* resto de la armada salida de Sevilla y Sanlúcar al mando de Magallanes, que verificó la experiencia de ser el espacio entre las Indias colombinas y las verdaderas Indias orientales mayor que el de España a las tierras descubiertas por su padre, el libro que nos dejó sería bastante diferente en este y otros capítulos, y con toda seguridad no contendría las supuestas cartas de Toscanelli, ideadas probablemente por Bartolomé Colón con el fin, acaso, de atajar la voz corriente entre los primeros pobladores de Santo Domingo, según nos informa Las Casas en su Cap. XIV, de haberse aprovechado Colón de la experiencia de cierto piloto que llegó impensadamente, arrastrado por las tempestades, a las Antillas y que al regreso aportó a su casa de la isla de Madera donde murió. Si pudiéramos comprobar que Bartolomé Colón llegó a enterarse antes de su muerte en 1514, del argumento que preparaba el fiscal contra los méritos del Almirante, aduciendo que éste se movió al descubrimiento por los informes que recibió de Pinzón, quien tenía noticias —según el fiscal— de la tierra de Cipango, habríamos despejado un motivo mucho más poderoso todavía que el primero, para qué Bartolomé se decidiera a confeccionar las cartas responsivas de Toscanelli a su hermano. El Adelantado don B. Colón, que según testimonio de su amigo el P. Las Casas, era de más recia y seca condición que el Almirante, más expeditivo en castigar con rigor a los sublevados contra don Cristóbal, se nos aparece como figura bastante idónea para interceptar los poco dignos pasos del fiscal con otros de pareja calidad. Merece cierta meditación el hecho de quedarnos solamente la correspondencia responsiva; las cartas misivas de Colón al florentino Pablo del Pozo Toscanelli no se presentan por parte alguna, aunque Cristóbal era precisamente hombre cuidadoso de sus escritos y, al menos, durante el tiempo de su residencia en España, guardaba copia de ellos. Bartolomé creería que con fraguar las



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

respuestas, tan claras y rotundas de Toscanelli, se postergaba sobradamente a Pinzón.

Una vez ideadas las respuestas toscanelianas, el nulo resultado de las apelaciones fiscales en cuanto a prioridad de Pinzón en el plan descubridor —las diversas sentencias dictadas por el Consejo no las tuvieron nunca en cuenta, y siempre consideraron los consejeros como único promotor y autor del Descubrimiento a Cristóbal Colón— las dejaba en la ociosidad para este fin, pero en cambio eran adecuadísimas para descargar en Toscanelli buena parte de la responsabilidad de formar un proyecto tan disparatado como se vió después del regreso de Elcano, de buscar el Cipango y el Catay por el oeste con la seguridad de estar mucho más cerca por esa vía que por la oriental.

Así como introdujo en su libro Fernando Colón tales cartas con la dicha finalidad, las hubiera olvidado en el caso de redactar su obra antes de las enseñanzas geográficas que trajo, como cargamento mucho más rico todavía que el de las especias, la nao *Victoria*, pues antes de 1522 Toscanelli era un sustraendo para la fama y gloria del Descubridor.

Como la mayor parte de los estudiosos contemporáneos de Colón, llegaron a comulgar con sus ideas sobre cercanía de las Indias Orientales al Occidente euro-africano luego de sus descubrimientos, y con mayor fe y sin reserva ninguna los más allegados al Almirante como Fernando, éste no habría omitido en su libro todos los repetidos recuerdos que tiene su padre del Catay, del país de los Sines o China, de Traprobana y de la India Oriental, en los membretes marginales —como gusta decir el docto historiador y archivero José de la Peña— de Aliaco y Pío II, del Cipango y Catayo, Zaito y Quinsay, Ganges, Calicut, etc., etc., en el *Diario* del primer viaje o en otros documentos, singularmente en la carta-relación del tercero. Pero Fernando, aunque en defensa de las pretensiones imperiales alargase mucho hacia el Oriente los descubrimientos portugueses como los demás cosmó-



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

grafos y pilotos enviados a Badajoz y Yelves en 1524 —Fr. Tomás Durán, el Dr. Salaya, Pero Ruiz de Villegas, el maestro Alcarraz, Simón de Alcazaba, Sebastián Caboto, Juan Sebastián Elcano, Juan Vespucio, Diego Ribero, etc.—, sabía muy bien, tanto por la expedición de Magallanes, como por otras enviadas desde España, y desde Méjico por Cortés, la distancia enorme que separaba los territorios del Nuevo Mundo de los de Molucas y litoral de Asia. Por esta razón omitió toda referencia a los países asiáticos en los numerosos capítulos en que relata el primer viaje, lo propio ejecutó con los quince destinados a la cuarta expedición desde sus preparativos hasta el forzado abordaje a Jamaica; y si en el Diario consigna el Almirante repetidas veces sus esperanzas e ideas sobre proximidad del Catay y efectivo descubrimiento del Cipango, en el cuarto viaje salió con el decidido intento de alcanzar el Asia, de llegar a regiones próximas a las apresadas ya por los portugueses, cosa que oiría más de una vez su compañero de viaje, su hijo Fernando Colón, como leería también en la interesantísima carta de 1503. El P. Las Casas, el trapacero inventor del plan colombino de las Indias, según modernas y desdichadas teorías, se dió perfecta cuenta del error en que cayó el Almirante, pero no lo disimuló en ningún momento, ni en éste de la cuarta exploración, y aunque no traslada íntegramente la carta que desde Valencia de la Torre escribieron los Reyes a don Cristóbal en 1502 —14 de marzo— con instrucciones para su cuarta travesía, recoge más que Fernando —cap. 87— y se acuerda de que opinaba siempre Colón que pasadas las tierras ya descubiertas había de topar gentes del Gran Can y solicitó llevar en su compañía dos o tres hombres que supieran el idioma árabe —precaución que también se guardó, como es muy sabido, para el primer viaje—, a lo que repusieron los Reyes dando su beneplácito a condición de que no perdiese tiempo en buscarlos. Esta parte de la carta no la reproduce Casas textualmente (libro 2º, cap. 4), pero contra el parecer de quien ha



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

intentado presentárnoslo como falsificador de documentos colombinos, Navarrete encontró y publicó el documento completo que en esta parte corrobora totalmente lo dicho por Casas: "A lo que decís que querriades llevar uno o dos que sepan arábigo, paréscenos bien, con tal que por ello no os detengáis". También hubo de saber Fernando, e igualmente lo calla, que en este cuarto viaje su padre llevó una carta de los soberanos para darla al capitán de los navíos que por este mismo tiempo mandaba el rey portugués a la parte de Levante, y en la que le decían que ellos enviaban con otros navíos a don Cristóbal hacia Poniente, y le encargaban que si los dos jefes de las escuadrillas se encontraban, se tratasen unos y otros como amigos. Precaución que se tomó por aviso expreso del Descubridor, según se observa en la antedicha carta responsiva de Sus Altezas a su Virrey de las Indias.

Así pues, Fernando Colón ocultó maliciosamente cuáles eran los verdaderos y equivocados cálculos de su padre sobre el emplazamiento de las Indias Orientales, y que estas Indias Orientales, eran el objeto de sus ansias en la primera de sus expediciones y durante toda su vida desde que comenzó a meditar sobre la empresa de descubrimientos. Las notas colombinas, de su padre y de su tío Bartolomé, referentes al Catayo, al Gran Can, a los Sines, a las cercanías de la India Oriental al occidente del mundo antiguo, al gran alejamiento por el oriente inclusive, y a la dilatada extensión de tal India, son numerosas, muy numerosas, en la *Imago Mundi* y en la *Historia rerum,* libros que también leyó y anotó don Hernando. Sin embargo, no recogió ni una sola de tales anotaciones como ya dijimos, rápidamente, poco ha. Consecuentemente, y en la primera ocasión que tiene de mencionar los deseos descubridores, que es el capítulo V, los reduce a creer "que al Occidente de Canarias y de las islas de Cabo-Verde había muchas tierras, y que era posible navegar a ellas y descubrirlas"; y con el propósito de ahondar en los



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

lectores estos circunscritos deseos, nos quiere ilustrar pormenorizadamente "para satisfacer a muchos que desean saber distintamente los motivos que tuvo para venir en conocimiento de estas tierras". Con este fin aparente en Fernando, y con el otro oculto que hemos manifestado, "referiré [dice] lo que he hallado en sus escritos sobre esta materia". Cumple su promesa en los cuatro capítulos siguientes, en el último de los cuales se exponen las noticias sobre los signos de tierras próximas, recogidos de la boca de navegantes como Pedro Correa, Martín Vicente, diversos habitantes de Azores y Madera, Diego de Teive, Pedro de Velasco, andaluz y otro de igual nombre, gallego, Fernán Dulmo, etc., relatos que con otras cosas como la copia por el mismo Cristóbal Colón de la carta de Toscanelli a Martins, extractos de Flavio Josefo —también de su propia letra— de San Agustín, de Ovidio, apuntes o extractos sobre la duración del mundo, sobre viajes a Guinea, de la letra de Bartolomé y otros recuerdos o anotaciones que no han llegado hasta nosotros, debieron componer un *Libro de Memorias* del que probablemente serán restos las cinco hojas que hay agregadas al final del incunable de Pío II, de papel y filigrana muy diferentes de las de este libro, pero en modo alguno de época distinta, aunque así se haya sostenido. Dichos cinco folios contienen todo lo antedicho desde la carta de Toscanelli a Martins hasta la nota sobre un viaje a Guinea y alguna otra cosilla.

En el primero de esos cuatro capítulos —V a IX— fernandinos que hemos citado, el autor ataja a un contradictor del Almirante, maese Rodrigo Fernández de Santaella, quien en su traducción de Marco Polo —de la que hubo dos impresiones en el primer tercio del siglo XVI, en vida pues de Fernando Colón— denunció la confusión o error del Almirante en creer que fuesen realmente las Indias las tierras que había descubierto. La primera razón fernandina —que el Almirante no las llamó Indias porque fuesen vistas y descubiertas por otros— no parece clara, ¿aludirá a la conseja del piloto predescubridor?, ni con fuerza alguna; pero las otras



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

son respuestas hábiles: que estando las tierras descubiertas más allá de la India a la cual ningún cosmógrafo señaló el límite por el Oriente más que el océano, por ser lo descubierto parte oriental de la India no conocida todavía y por no tener aún nombre, le dió el del país más cercano llamando a las tierras Indias Occidentales, y sobre todo porque siendo notoria la fama de riquezas de la India "quiso convidar con este nombre a los Reyes Católicos que estaban dudosos de su empresa".

Don Fernando pudo escribir en el proemio de su libro que "solamente de los escritos... del mismo Almirante, y de lo que yo vi estando presente recogeré lo que pertenece a su vida e historia", pero aun admitiéndole esta afirmación por entero, se le puede objetar que con sólo suprimir muchas cosas de tales escrituras como hizo, nos dejaba un relato muy defectuoso de tal historia, especialmente en lo que atañe a la concreción del plan geográfico del Descubrimiento y a su génesis.

*

Por todo lo antedicho la ciencia cosmográfica del Almirante no debemos extraerla de las capciosas e incompletas referencias fernandinas. La formación cultural sólo podremos inferirla, y de manera aproximada, de todos sus propios escritos ahora disponibles, y en ellos aparece generalmente poco profunda, muy irregular; sin saber muchas letras, como dirá con gran acierto, su amigo el cura de Los Palacios, Andrés Bernáldez, que lo conoció cuando iba por las ciudades de Andalucía como mercader de libros de estampa, es decir impresos, dato este que debemos recordar cuando toquemos las probables lecturas de Colón. Sus conocimientos cosmográficos son hijos librescos y experimentales, más de erudición fácil que de ciencia selecta aquéllos, y de experiencias mal realizadas algunos de éstos; son los que puede y suele tener un autodidacto. Ayuno —igual que Bartolomé— de buenos maestros, inepto para segregar, en muchos



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

casos, la exactitud de la falsedad, adoptó una y otra con pareja convicción. De ahí sus grandes errores en cosmografía y el mayor de ellos el encuentro de América cuando se perseguía el Asia. Pero no son todo errores en este autodidacto; Colón poseía sobrada inteligencia para acertar más de una vez, para interpretar sagazmente la Naturaleza, y no cometeremos grave pecado si consideramos justa, en resumen, la elevada estimación que sabios antiguos como nuestro Jaime Ferrer, y modernos cual Alejandro Humboldt, tuvieron por la personalidad científica del primer Virrey de las Indias. De conocer Humboldt su carta a los Reyes escrita en Granada por febrero de 1502, le habría dedicado otro capítulo encomiástico, por su clarividencia en la conexión del relieve con la diversidad de climas, sobre lo que hermosamente escribe que el mundo es esférico, pero no por esto la templanza es igual en un clima, es decir, en una región limitada por paralelos, o clima astronómico: "El sol syembra su ynfluenzia y la tierra la reszibe según las concavidades o montañas que son formadas en ella ...en la mar acaesze otro tanto y en espezial en las comarcas de las tierras" (o sea en los mares litorales). Estas opiniones serían de lo más valioso en el idearium científico de Colón, y aunque se alegue que las grandes mutaciones introducidas por el relieve en la temperatura las observaban muchos, y que claramente las expusieron Alberto Magno y Estrabón, nos queda todavía esa intuición del influjo climático de las tierras sobre los mares litorales, sobre los pequeños mediterráneos. Digamos de un modo más general que la acción perturbadora de las masas continentales en la distribución de la temperatura sobre la faz terrestre, quedó preludiada en el interesante escrito del Almirante, inadvertido en este aspecto —suponemos— por los americanistas, que pudieron leerlo en las *Cartas de Indias,* publicadas desde 1877 por el Ministerio de Fomento.[6] Si también en la

[6] Hay otra impresión reciente por la "Editorial Ebro", Zaragoza, 1940, en un tomito de selección de *Escritores de Indias*, en la que se reproduce la carta con la ortografía modernizada y algunas breves notas



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

última intuición tuvo el Virrey de las Indias algún precursor, confesamos francamente que lo ignoramos. Nuestras lecturas de autores antiguos no son copiosas.

Habiendo ratificado, en suma, la calificación de Jaime Ferrer y Alejandro Humboldt a la ciencia colombina, y resaltado por vez primera una áurea pepita en ella, nos creemos autorizados a mostrar algunas sombras sin temor a que se nos inscriba entre los hipercríticos como suelen hacer muchos historiadores italianos con los que no aparecen siempre genuflexos ante su compatriota. Si denunciamos tal umbría es para completar el cuadro en que, científicamente, se retrata Colón, y esto que es obligación estricta, además de derecho, en los historiadores, no lo hacemos por animadversión, pues como la mayoría de los tratadistas sentimos afecto por la figura central del tema que estudiamos, acaso más del preciso para ser plenamente imparciales.

Muchas veces se han echado en cara a Colón sus enormes errores en la latitud del litoral cubano que costeó en el primer viaje y que alcanzan a veinte grados, y aun pasan. El profesor Magnaghi ha recogido oportunamente ("I presunti errori... attribuiti a Colombo...", en *Bol. Soc. Geog. Ital.*, set.-dic. 1928) que, aunque muy pesados, no eran inauditos, y que pudo cometerlos voluntariamente el Descubridor para evitar que aumentase la rivalidad hispano-lusa en

no siempre secundadas por el acierto. Por ejemplo: las referentes a estas observaciones climáticas. Sobre la primera: que la templanza no es igual en un clima, o sea en una zona determinada y comprendida entre paralelos, se anota como causa de tal desigualdad, las latitudes. Es claro, sin embargo, que Colón por lo que ha dicho y por lo que sigue diciendo, afirma expresamente que aun dentro de un clima (o sea de una zona) la diversidad es grande según las montañas y concavidades de la tierra. Hecho que ejemplariza con una región bien poco dilatada, la granadina, donde la Sierra Nevada, la vemos, dice, "cubierta de nieue todo el año, ques señal de grand frio y al pie desta syerra son las Alpujarras donde es siempre suavisima tenplanza syn demasiado calor ny frio..."

En cuanto a recibir la Tierra el calor del Sol según sus montañas y concavidades, lo que llamamos hoy relieve, la advertencia que infrascribe la edición de "Clásicos Ebro", es menos acertada todavía pues afirma nada menos que: "Aquí estropea lo que antes denota saber".



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

exploraciones náuticas y que los portugueses estribaran reclamaciones en el tratado de Toledo, por el cual se ponía un límite a las navegaciones de España desde el paralelo de Canarias al sur hacia Guinea. Este "hacia Guinea" del tratado se convirtió "in conspectu Guinee" en la bula pontificia, y con esto los lusitanos podían entrar en contestaciones sobre el derecho a las nuevas tierras con los castellanos. La explicación del Prof. Magnaghi, confirmada y ampliada en otro trabajo más breve ("Ancora dei pretesi errori di Colombo...", en el mismo *Boletín,* Roma, junio 1930) conlleva las reflexiones densas en lógica y notable erudición que suelen formar el cortejo de sus estudios. Falta la explicación de las contradicciones en que incurre el glorioso ligur, pero de tal ausencia no le podemos hacer cargo los que tampoco dejamos el problema totalmente desembarazado. Sólo podemos apuntar esto: que sus considerables y a veces muy discretos razonamientos no desenredan el asunto. No hay causa suficiente en el tratado de Toledo y rivalidad luso-hispana para declarar en el *Diario,* el 13 de octubre, que Guanahaní queda en la misma línea Este-Oeste que la isla de Hierro en Canarias (esta última casi tocando al paralelo 28) y luego decir en Cuba, en una latitud muy semejante a la de Guanahaní, que se halla en 42 grados. No es tampoco convincente del todo apelar a las precauciones y deseo de sigilo, para mostrarnos pasable una observación colombina en la costa de la isla Española el 13 de diciembre, según la cual se hallaba en 34 grados de latitud N., y dicha en un sitio como es el *Diario* de la primera travesía, que no es un documento público, cuando se ve a Colón proclamar sin celosía ninguna, en las cartas enviadas a sus favorecedores Luis de Santangel y Gabriel Sánchez, que tales lugares de la Española quedaban a 26 grados, documentos mucho menos reservados que el *Diario* y que se hicieron del dominio público por medio de prontas y varias impresiones. Estas dos cartas no las veo citadas en Magnaghi, pero sí, en cambio, la del Almirante a



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

los Reyes sobre el 4º viaje, con las afirmaciones despectivas para sus compañeros de descubrimiento, en cuanto a saber por donde iban y emplazamiento de las regiones vistas. La lectura de la relación de Diego de Porras sobre el último tránsito oceánico, haría más justo a Magnaghi en su excesivo acatamiento a las vanas pretensiones del Almirante, y le descubriría que una de las razones que el Descubridor tendría, muy probablemente, para suponer a sus compañeros españoles en la ignorancia referida, era la de no poseer, a partir de cierto día, "carta de navegar" por que "se las había el Almirante tomado a todos".

No obstante las reflexiones de Magnaghi y su recuerdo a la exacta estimación, hecha en el segundo viaje, de Jamaica en 18 grados, la pericia colombina en apreciar latitudes no queda muy derecha, cosa que se confirma en una larga carta escrita en mayo de 1499 a los Reyes desde la Española, de la que nos ha conservado buena parte Fray Bartolomé de las Casas en su cap. 163. Habla en ella de la tierra de la isla como la más sana y de mejores aguas y aires, cosa creíble, dice él, por estar "en un paralelo y en una distancia de la línea equinocial con las islas de Canaria". Debe adicionarse a esto que la carta se escribía en el sur de la isla (en el sur había fundado Bartolomé la capital Santo Domingo y en el sur también se halla Azúa, y por estas poblaciones andaba el almirante en este tiempo, bien asendereado con el díscolo Roldán) que corre casi exactamente al par del norte de Jamaica. Así pues, mientras todo el área canaria queda limitada entre el paralelo 28 y el 29 y solamente la isla de Hierro queda al sur, pero muy cerca del 28, la mayor parte del territorio de Haití se extiende entre los 20 y 18, es decir, que don Cristóbal yerra, como se ve, en toda esta diferencia.

Aun circundándonos por los documentos del primer viaje, tenemos dentro de este campo ejemplos muy destacados para ver las claras depresiones que en la ciencia cosmográfica



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

del Almirante abren sus cálculos sobre latitudes. Tan claras y profundas son, o tan incoherentes y aun antitéticas, que desde ahora nos fuerzan a creer que ya en el primer viaje dejó de funcionar normalmente su cerebro. No tenemos base suficiente para suponer que antes de su enorme buen suceso en su empresa, presentara ya alguna anomalía y que observada ésta en la Corte, influyera en el retraso del ajuste con los Reyes, pero el *Diario* del primer viaje nos demuestra con sus rudas y reiteradas contradicciones, que desde el Descubrimiento el Almirante ya no estaba en sus cabales, según frase popular de nuestros tiempos. Ello refiriéndonos exclusivamente a sus cálculos astronómicos, sin establecer tangencia ninguna con sus errores sobre las Indias Orientales, el Catay, el Paraíso Terrenal, ni con su misticismo, pues todo esto podía ser, y fué en Colón, fruto natural de sus lecturas y de su temperamento.

Las incoherencias o contradicciones citadas nos avisan también sobre la legitimidad que, probablemente, debe de tener la carta prólogo de tal *Diario,* la cual, aunque suponíamos —y seguimos suponiendo— haberse escrito con cierta posteridad al libro, nos parecía por sus dislates y por la celeridad con que se defendía el origen y la ejecución del proyecto de descubrir las Indias por el occidente, en Cristóbal Colón y por Cristóbal Colón, de naturaleza muy sospechosa. Ahora, sin descartar, de un modo absoluto, la intervención más o menos grande de la misma mano que ideó poner en correspondencia directa a Toscanelli con el Almirante, tampoco excluimos por completo a éste de la redacción de la epístola prefaciadora de dicho *Diario.*

Aparte de los fallos sobre latitudes hay otros aspectos que acusan igualmente claros defectos en la ciencia y experiencia colombinas. Nos asegura en la carta-relación de la tercera travesía, que dejó de proseguir hacia el sur cuando llegó a un lugar que supuso en el paralelo de Sierra Leona a 5 grados al norte del Ecuador (estimación bastante aproxi-



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

mada y que conocería por sus tiempos portugueses; luego dice que en el mismo paralelo halló la isla de Trinidad, pero ésta no llega siquiera al paralelo 10) por el mucho calor y por el "grandísimo mudamiento en el cielo y en las estrellas". Más adelante nos asegura que yendo de España a las Indias, en pasando cien leguas al oeste de las islas de los Azores, halla siempre "grandisimo mudamiento en el cielo y en las estrellas", y que en esto ha tenido "mucha diligencia en la experiencia". Estas observaciones revelan bien poca o nula coordinación con elementales nociones que debía poseer todo navegante, y más si era un observador como indudablemente lo era Colón. Las estrellas y constelaciones que pueden verse en las islas de los Azores, como en cualquier otro punto, son las mismas que se divisan en todas partes de latitud aproximada, horas antes y horas después según la diferencia de longitud y si nos regimos por la hora meridiana de un solo lugar, o a la misma hora cuando contemos el tiempo según el meridiano de cada sitio. Es decir, que si nosotros en estos días céntricos de octubre, y a las siete de la noche, hora natural o meridiana, contemplamos someramente el cielo riojano —pocos grados más boreal que el azorense— vemos en nuestro cenit la hermosa cruz que forma la constelación del Cisne con su alfa *Deneb,* formando ángulo recto con la azulada y bellísima *Vega* del grupo Lira un poco al oriente del anterior, y con la cual *Vega,* la también primaria *Altair* de la constelación del Aguila que queda al sur. Bastante más al ocaso, *Arturo* sigue, como de costumbre, algo alejada, la dirección de la cola de la Osa Mayor, posición que es la causa de su nombre: *Arctos,* igual a oso, *uro,* igual a cola. (Los Arturos que se sientan infatuados o vanidosos de su nombre, pueden ir sabiendo —los que lo ignoraban, claro es—, que su distinguido nombre significa una cosa tan poco aristocrática como cola de oso). Tornándonos completamente al norte, la cola de la Osa Menor carece, en esta hora, de una terminación análoga, pues no se ha levantado todavía la *Cabra*



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

del Cochero. Al este del Carro Menor tenemos la doble *uve* de Casiopea, la anchurosa pala formada por Pegaso y Andrómeda, continuada hacia el norte por el abanico de Perseo. Por oriente también, pero en sitio mucho más céntrico, Marte nos envía su rojiza mirada, pero este astro no tiene valor topográfico más que circunstancialmente, pues su vagabundeo entre las concretadas peregrinaciones de las estrellas, le valió, como a sus congéneres Venus, Júpiter —astros también visibles en este octubre del 41; aquél antes de las siete, éste dos o tres horas más tarde— etc., el nombre de *errantes,* que esto quiere decir su título griego de planetas.

Localizando, grosso modo, ese lugar que Colón sitúa cien leguas al oeste de las islas Azores, en una distancia más bien holgada que corta, de 45 grados al oeste de nuestra posición, allí cuentan las cuatro de la tarde en esta nuestra hora de las siete de la noche, por tanto las estrellas quedan ofuscadas; pero a las siete según el meridiano de tal lugar verán allí las mismas constelaciones contempladas en la Rioja tres horas antes, pero igualmente, a las siete. Por estar más al sur puede suceder, que en la isla o islas más meridionales de los Azores, divisen por el austro algunas estrellas invisibles en la mitad boreal de España, e igualmente puede ocurrir que no aparezcan ante sus ojos algunas otras del norte que contemplamos aquí, como las de Perseo, por ejemplo.

Resulta pues que el Almirante no se dió cuenta de que si veía notable mutación en las estrellas más allá de las islas Azores, esto no sucedía simplemente por llegar a cien leguas al poniente de tal archipiélago, sino porque navegando de España a Canarias en dirección dominantemente austral, y de Canarias a las Antillas al suroeste (desde el segundo tránsito de España hacia su recién nacida hija, se usó un camino, a partir de Canarias, más inflexionado al sur que en el primer viaje, y muy especialmente en el tercero) y O.SO., llegaba a latitudes en que surgían estrellas invisibles desde parajes hispanos. El hecho es verificable en las mismas islas de Cana-



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

rias, según sabemos por experiencia, pues allí vimos por vez primera, y cierto es que rasando el horizonte meridional, a la espléndida *Canopus,* alfa de la constelación del Navío Argos, que jamás habíamos tenido ocasión de admirar en nuestros cotidianos paisajes madrileños o aragoneses. La identificación, naturalmente, no fué instantánea, ya que nuestras nociones estelares se reducían al ámbito o escenario del centro y norte de España en que ordinariamente habíamos vivido, pero sí se nos ocurrió, de inmediato, relacionar su posición con la de otras estrellas ya familiares, ofreciéndose, magníficamente, para ello, algunas estrellas de primera magnitud, como *Sirio* del Can Mayor y *Rigel* de Orión, con las que formaba la desconocida un triángulo rectángulo en *Sirio.* Una ojeada posterior a un planisferio estelar nos bautizó a la neófita con su nombre de *Canopus.*[7]

Esas afirmaciones colombinas sobre mudanza de las estrellas, ponen otra tacha a su ciencia y nos obligan a pensar que sus viajes a Guinea no fueron muchos. En ellos se tardaba entre ida y vuelta larguísimos meses, y de figurar entre los viajeros harto tiempo tuvo para familiarizarse con los nuevos aspectos que presentaba el estrellado cielo desde el Trópico o el Ecuador hacia el austro, y relacionarlos con las constelaciones ya de antiguo sabidas. Un navegante frecuentador de los mares de Guinea no pudo decir, como dijo Colón en su tercer viaje estando a unos seis u ocho grados al norte del Ecuador, que hallaba "grandísimo mudamiento en las estrellas" alegando esta causa para no continuar más al sur.

Aunque Cristóbal nos demuestra por su *Diario* de 1492-93 y por otros escritos posteriores que realmente estuvo en alguna de las expediciones a Guinea, dadas las referencias que

[7] Esta observación personal en Canarias, estación básica en la Historia y en la ruta de los Descubrimientos Geográficos, la hicimos en tiempo fronterizo entre el invierno y la primavera de 1930, yendo por la verdeante meseta de Tenerife que se levanta entre el flanco que desde La Laguna cae rápidamente hacia Santa Cruz y el contrapuesto que se derrumba, también hacia el mar, por el otro lado de la isla y detrás de Los Naranjeros y Tacoronte.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

nos trasmite sobre plantas, ríos, producciones, habitantes, etc., hay otra consideración, además de la expuesta sobre las estrellas, que nos coacciona a pensar, que sólo debió ir una vez, y no más allá de Sierra Leona y de la región inmediata de Liberia o Costa de la Pimienta —en tiempo de Colón, costa de Malagueta,[8] vid. *Diario 9* —enero— consideración brotada al leerle en su relación del primer viaje, día 14 de febrero, que quería participar a los Reyes el descubrimiento de las Indias, y hacerles saber "que ninguna tormenta había en aquellas partes, lo cual... se puede cognoscer por la yerba y árboles questan nacidos y crecidos hasta dentro en la mar". Tal afirmación nos ratifica en la reducida estancia de Colón por las costas del Golfo de Guinea, pues justamente en ellas habría podido ver los manglares o bosques de mangles extendiéndose por las aguas de las orillas, e igualmente a los innumerables paletuvios con sus raíces al aire en las horas de marea baja.

Otro aspecto de todo lo referido sobre sus no reiteradas peregrinaciones por Guinea puede relacionarse con la nota

[8] Sobre el nombre Malagueta, que Colón dice Manegueta, y su enlace con el de Molucas, uno y otro entroncados con el que en Sumatra daban a la pimienta, Alejandro Humboldt en su soberbia *Historia de la Geografía del Nuevo Continente...* anota detalles interesantes y muy doctos en su cap. 6º sobre Colón y Martín Behaim. Basado en el hecho de tomar nombres iguales los productos del reino vegetal que son análogos y que mutuamente se reemplazan en el comercio, deriva *malagueta* de la palabra que en Sumatra designaba la pimienta, *molaga,* que en sánscrito se llama *malaja.*

El libro de Humboldt, como francamente extraordinario, sigue siendo de consulta indispensable. Naturalmente que no ha pasado un siglo sin erosionar algo este monumento de sagacidad, de largos estudios y amplia erudición, todo genialmente coordinado, pero continúa destacándose cimeramente en la historiografía del Descubrimiento de América, aunque haya que retocar bastantes puntos. Hace años podía quejarse Menéndez Pelayo, con harta razón, de que no se usaba, ni con mucho, tanto como se merecía; media centuria después nuestra voz corea, desde fila muy atrasada con respecto al primer plano del más preclaro montañés, pero con igual convencimiento, su grito de atención. El admirable estudio hecho por M. M. Pelayo "De los historiadores de Colón", puede leerse en la revista *El Centenario,* o en la "Colección de Escritores Castellanos".



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

sobre las observaciones astronómicas para calcular la longitud del grado terrestre, numerada 490 en Lollis, y estante en el margen interno del folio 42 de la *Imago Mundi,* nota que reproduciremos íntegramente, por su importancia, hacia el final de estas páginas, y en las que se indica, al parecer notable insistencia de viajes a Guinea. De tales frecuentes peregrinaciones debemos desligar a don Cristóbal según lo anteriormente indicado, y resulta así más natural atribuir a la mano de su hermano Bartolomé la letra de tal nota, ratificándose nuestra opinión sobre la paternidad de dicha apuntación, expuesta en otro trabajo ya citado. Como el adverbio *sepe,* por el lugar que ocupa, puede referirse también a lo que se practicaba reiteradamente en un determinado viaje, no damos (ni tiene) importancia decisiva a nuestra observación.

Por último, imitando quizás, una inclinación meritísima y sólo digna de loa, que probablemente debemos ver en Colón como uno de los orígenes de sus aciertos y errores, procedemos a preguntarnos qué causa coadyuvó a precipitarlo en error. Una de las causas es, nos parece, el nobilísimo deseo que tenía y que puede traslucirse en muchos de sus escritos, de inquirir las razones de las cosas, de buscar respuesta a las preguntas que dignísimamente se formulaba sobre el por qué de muchos fenómenos que veía. Dados sus escasos estudios y los años en que vivió, esa disposición tan excelente de don Cristóbal tenía que dejarlo pluralidad de veces descentrado de la verdad perseguida, y por ello son tanto más estimables sus numerosas y grandes intuiciones —entre ellas y en estas mismas observaciones sobre la región al SO. de Azores, la referente a la temperancia de los aires, confirmada en buena parte por la ciencia actual con su localización de las regiones anticiclónicas o de buen tiempo, y ciclónicas— y sus magníficos aciertos. Merecedor es, pues, de la alta estima que le dispensan Jaime Ferrer (Vid. NAVARRETE, t. 2º) y Alejandro Humboldt, (*Op. cit.,* parte 2ª, caps. primeros) y



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

que este recuerdo abra y cierre nuestros renglones sobre la ciencia colombina.

El saber colombino en relación con el Descubrimiento se modeló por lecturas y hechos acusadores de la vecindad de las Indias, de la facilidad de abordarlas, de visitar las riquísimas regiones del maravilloso Catay y de presentarse ante el Jan, ante aquel Creso de la Edad Media. Accesibilidad de las Indias y el Gran Jan fueron las improntas más grabadas en su cerebro, las que llegaron a constituir sus dos grandes obsesiones.

Las enseñanzas extraídas de los libros le dejaron en un plano inferior al de los nautas y buenos cosmógrafos de su tiempo, pero, en cambio, las proporcionadas por ciertos hechos: ramas frescas de árboles, cañas gigantescas, restos de otros vegetales todos ellos exóticos, barcas de factura inesperada, objetos raramente trabajados, y personas inclusive que habían venido, unos y otros, por el mar hasta el Occidente, le dieron al fin la victoria aunque no como él imaginara. Cristóbal y Bartolomé tienen el mérito de haber atendido aquellas embajadas, de haber escuchado y comprendido, a su modo, aquellos mudos mensajes —mudos en su gran mayoría—, verdaderas llamadas que la virgen América, prisionera del Océano, lanzaba a Europa para que la liberasen de su estéril virginidad.

Los Perseos, sin proponérselo, de una nueva Andrómeda, tuvieron con estos repetidos hechos, observado alguno por ellos mismos como el acaecido en Irlanda, motivos valiosísimos, fundamentales, para creer en la indudable existencia de tierras que no podían situarse a una distancia desmesurada, por el estado en que llegaban hombres y plantas expulsados por los temporales de sus tierras originarias. Poco importaba que algunas naves lanzadas en viajes pesquisitorios no las hubieran aprisionado con sus anclas, las tierras —el extremo oriental de Eurasia para los Colones— estaba allá, tras el ocaso del mundo antiguo, que era a la vez la aurora



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

para el Catay y la India, y desde largos siglos seguían mandando sus emisarios por el mar. Y convidando a buscarlas por el mismo mar a quien supiera comprender la invitación. Sabios antiguos como Plinio el Viejo, autoridades modernas como Pío II y la misma experiencia de Cristóbal y Bartolomé, atestiguaban la continuidad del hecho, comprobada además por los habitantes de las islas occidentales y por diversos marinos que no sólo habían tropezado tales emisarios, sino que certificaban la realidad de tierras hacia el Oeste y no muy separadas.

Cristóbal Colón, que desde su tercer viaje se nos presenta con harta frecuencia como un iluminado, movióse, cuando procreaba la gran empresa de su vida, en terreno bastante más firme de lo que acaso pensaron los sabios ante los cuales abrió su pensamiento. Al reparar los dos ligures que en el libro de Eneas Silvio —folio 2 en el que está también la nota ya transcrita sobre la pareja del Catayo vista en Galway— se recogían los pasajes de escritores clásicos sobre navegación de España al mar Arábigo y desde India a Germania, y que el mismo Eneas dice que supo haberse repetido el hecho en tiempo de los emperadores teutones, el corolario siguiente que estamparon en el mismo libro —nota 8— era de una lógica intachable: «Si esset maximam distanciam non potuissent venire cum fortunam/sed aprobat esse prope». Esta glosa, situada encima de la que hemos atribuído a Cristóbal, es la segunda parte de la que Lollis llevó a la *Raccolta* con el Nº 8, principia por recoger lo que el mismo Eneas refiere sobre "Indicam nauim et negotiatores indos", y su letra pertenece a la cuidada y caligráfica que podemos atribuir a Bartolomé.

Con los antecedentes leídos en la obra de Eneas o Pío II y sus propias experiencias, aparece cierto que los hermanos genoveses tenían sobrada razón para planear exploraciones por el Oeste, pero cierto es también que su terreno lo zapaban ellos mismos cuando mostraban las bases matemáticas de su



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

original geografía. Su error de identificar las muy probables y relativamente vecinas tierras del Atlántico con las Indias asiáticas, por la poda que causaba en las dimensiones terrestres, les hizo peregrinar años y años sufriendo desaires de las cortes de Portugal y España, repitiéndose una vez más el ingrato trance de dos controversistas, o dos bandos, aferrados cada uno a su parte de verdad sin querer encontrar el lado por el cual las verdades, aparentemente antagónicas, ensamblaban con perfecta naturalidad.

La ostentación erudita, nula en el *Diario* del primer viaje, es frondosa en escritos posteriores, y esta diferencia dividió a los críticos al aceptar o negar todas esas lecturas previas como explicativas de la elaboración científica del arriesgado tránsito. En el polo negativo sitúase Vignaud y en su derredor una decreciente constelación de historiadores, mucho menos numerosa, desde luego, que la constelación antípoda. Posible aparece que la lección de Marco Polo fuese bastante tardía, sin embargo de que el historiador portugués Barros exprese su consulta antes de hablar con Juan II, pues debió creerlo así, por lo que pudo leer en la crónica de Ruy de Pina y en la primera parte de la obra de Oviedo —tan bien acogida al imprimirse— sobre el Cipango. Pero que el examen de la narración veneciana precedió a 1492, lo demuestran las típicas frases de la epístola de los Reyes Católicos entregada a Cristóbal para el Gran Jan, o quizá para el Preste Juan.[9] Además de esta obra, y antes que ella, se debieron estudiar algunas otras, ya que la falta de información bibliográfica que tendiera a la tierra firme del Este, antes de aquel año, es una pretensión insostenible del grupo vignau-

[9] Las razones que tenemos para incluir a este eventual destinatario se consignan en nuestro trabajo, cuya próxima aparición ya quedó citada, sobre "*La Historia del Almirante,* las apostillas colombinas y la credencial para un príncipe del Oriente". Se está imprimiendo y aparecerá en la revista *Estudios Geográficos* que publica el Instituto "Juan Sebastián Elcano" del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

dista. Colón creyó que el paraíso estaba en aquellas tierras que él había descubierto en el fin del Oriente, como bien dijeron sabios teólogos y sabios filósofos. Lo recuerda en su *Diario* el 21 de febrero, y anteriormente, el 12 de noviembre, al hablar de ciertos árboles, cita a Plinio. En un hombre que vive largos años con la fiebre de navegaciones y descubrimientos sería absurdo suponer que sólo buscase en los libros ilustración teológica o botánica. Adviértase que no por eso negamos la preocupación teológica, tan patente, de Colón, y recordamos que los escritos de teólogos, filósofos, y naturalistas, contenían también doctrinas cosmográficas.

Las obras que podríamos llamar *metrodoxas* de la cosmografía colombina, las que más debieron usar ambos hermanos, fueron: la Geografía de Ptolomeo, la *Imago* de Ailly, y cierto pasaje del libro pseudo-bíblico de Esdras en ella contenido, por una parte, y la *Historia rerum* del Papa Pío II —Eneas Silvio Piccolomini— y la relación de Marco Polo, por otra. Las primeras se conjugan con el escaso alejamiento de las Indias y las últimas con el Catayo y el Gran Jan, o sea las dos principales obsesiones que atribuímos a Colón. Y dada la preponderante difusión del sabio de Alejandría, la lógica nos lleva a suponer que fué en este autor donde los Colones vislumbrarían la idea del paso a Levante por el Poniente, pero no en el mismo Ptolomeo, sino en la doctrina de otro geógrafo, Marino de Tiro, autor que sólo conocemos por lo que el sabio alejandrino extracta —y contradice— en su obra. Ptolomeo deja al Océano la mitad del orbe, o sea una amplitud tal que no invitaba a cruzarlo; en cambio Marino le sustrae una longitud de 60 grados, reduciéndolo a unos ciento veinte. Esto y las islas conocidas en el siglo XV y otras que se tenían por existentes, ofrecían ya base suficiente para meditar en las ventajas de una vía trasatlántica. Pero Colón no se detuvo en esa proporción entre las superficies líquida y sólida, como estiman la mayor parte de los tratadistas, sino que aceptando opiniones de otras autoridades y afirmaciones



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

pseudo-bíblicas, secó más de la mitad de aquel Océano aproximando desmesuradamente las lindes del orto y del ocaso. Ratificaciones de tal proximidad, aunque sin fijar la cuantía, es fácil que las viese en Plinio, Aristóteles, Séneca, etc. La lectura de Plinio por el propio Colón consta por notas auténticas de su mano al ejemplar que se conserva en la *librería fernandina,* y además por otra nota igualmente genuina, al pie del folio 29 r. de la *Imago,* nota que termina así: "vide plinius libro 6 c° 22/". Téngase presente también sobre consultas bibliográficas del Descubridor, el testimonio de Bernáldez sobre el tiempo en que vendía libros de estampa, libros que no dejaría de leer si interesaban a sus proyectos.

La generalidad de los historiadores convienen en que muchos de los autores citados por Colón después de su regreso de las Antillas, no fueron leídos directamente sino en los extractos incluídos en el conocido tratado *Imago Mundi,* del cardenal Pedro de Ailly, suma de doctrinas sobre las dimensiones del globo, proporción de tierras y de aguas, etc.; pero desentonan en cuanto a localizar esa lectura antes o después de 1492. Los que la retrasan agregan que el incunable glosado por Colón lo tenía su hermano Bartolomé que estaba en Inglaterra, pero olvidan que esta misma circunstancia de poseerlo Bartolomé no imposibilita su acceso a Cristóbal antes de la estancia en la Gran Bretaña de su hermano cuando convivían en Portugal, y no recuerdan que su convivencia se prolongó por España[10] muy posiblemente hasta bien en-

[10] El dato efectivamente es poco conocido, y el mismo César de Lollis, verdadero César del colombinismo lo ignoraba. (Cf. *Cristoforo Colombo...* Milano-Roma, 1931). Consta documentalmente, y por propia confesión de la parte, en la Probanza de su sobrino Dn. Diego, iniciada en Santo Domingo el 16 de julio de 1512. El Adelantado Dn. Bartolomé declaró entonces: "este testigo andovo con el dicho almirante don Cristobal Colon solicitando con el Rey e la Reyna nuestros señores". ("Vid. *Pleitos de Colón* publicados por la Academia de la Historia, págs. 182-85). La importante noticia fué resaltada por el prologuista F. Duro, pero ni aun así se dieron por informados los historiadores, a excepción de Ulloa. No implica esto que Bartolomé estuviese en España desde 1484 con su hermano.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

trado el año de 1487 ó 1488 en que volvió a Portugal, y por diciembre de 1488, en Lisboa, presenciaba la vuelta de Bartolomé Díaz, del Cabo de Buena Esperanza, suceso que anotó precisamente en la Imagen del Mundo (fol. 13). Y admitiendo como se admite que el más joven ofreció a Enrique VII[11] los mismos planes descubridores rechazados en Portugal, y aceptada la comunión geográfica de ambos, si consta que una de las fuentes de tales planes se halla en manos de Bartolomé, no es justo pensar que Cristóbal la desconociera íntegramente.

La mayor dificultad para el conocimiento de la *Imago* estriba en que no se editó hasta 1480 ó 1483, pero en cualquiera de esos años pudo leerla en Portugal donde estuvo, por lo menos hasta mediados de 1484.[12] Pero la presencia del libro en Lusitania, precedió mucho a su impresión; así lo indica —en el cap. 61— la Crónica de Azurara, terminada en 1448, y nada raro fuera que los hermanos manejaran alguna copia de las varias que corrían.

*

En 1484 habían sido rechazados por Juan II los proyectos colombinos que revolucionaban el plan de exploraciones

[11] En Inglaterra ¿febrero de 1489?, presentó Bartolomé un mapa al Rey, en el que decía que era pintura de la tierra como la presentaban, aunque con alguna diversidad, Estrabon, Ptolomeo, Plinio e Isidoro, cuatro grandes autoridades del prelado de Cambray, más propias, naturalmente, para citarlas un cosmógrafo que el moderno compilador. Y como Estrabon era opuesto en general a las directrices de la Geografía colonense, Bartolomé no debía seguirle más que en la gran extensión que da a la India. La nota 162 del Eneas dice: "India secundum Strabonem et Plinium est tercia pars mundi".

[12] Son varias las ocasiones en que el Virrey de las Indias menciona los años que pasó en España ofreciendo sus proyectos a los Reyes, todas ellas emplazan su comienzo entre 1483 y 1486. Para precisar el año obsérvese que en 1484 seguía en Portugal —*Diario* 9 agosto— y que el 14 de enero de 1493, refiere que ese mes mismo, el día 20, se cumplirán siete años desde que vino a les servir; la emigración a Castilla, según esto, podría localizarse a fines de 1485, pero como por carta del duque de Medinaceli al Gran Cardenal de España, sabemos que antes de ir a los Reyes estuvo en su casa dos años, debemos poner su venida en 1484. Y lo de insistir con el Rey de Portugal catorce años es una de las varias inexactitudes de Colón que no la cree ni su paisano Lollis.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

seguido desde tantos años en Portugal a lo largo de Africa, para enderezarlo por los caminos occidentales. El Rey —escribe Barros— le había otorgado poca atención al futuro almirante, por considerarlo jactancioso y quimérico con su Cipango, sin visos de certidumbre en lo que decía, pero como insistiera tenazmente, lo remitió a hombres entendidos con quienes consultaba las cosas de cosmografía y descubrimientos, el maestro Josefo o José Visiño —discípulo en Salamanca del astrónomo español Abraham Zacuto— el maestro Rodrigo, y el maestro Diego Ortiz de Villegas o Calzadilla, español, colegial del viejo de San Bartolomé en Salamanca y profesor de Astrología en esa Universidad. Todos ellos tuvieron por vanas las palabras de aquel extranjero.

Algo análogo puede desprenderse del breve relato de Ruy de Pina, cronista de D. Juan, el único contemporáneo que nos habla del hecho, si bien sumariamente y en 1493, cuando al regreso de América aportó Colón a Lisboa y fué recibido por el Rey, quien se acusaba —dice Pina— de negligente, por haber rechazado aquel descubrimiento por falta de crédito y autoridad.

Si se hubieran reducido los planes a islas inéditas, ni el Rey ni sus matemáticos podían declararlos jactanciosos, vanos, quiméricos o indignos de crédito, pues en este mismo tiempo, antes y después de él, la Corona firmaba capitulaciones para descubrir islas, o donaciones de las que encontrasen por el Atlántico, entre ellas, la de Antilla o de las Siete Ciudades. Es decir, que no podía ser eso, tenía que ser distinto aquel descubrimiento indicado por Pina, y otra cosa el meollo de las proposiciones colombinas; otra cosa que parecía absurda a los mejores científicos, y que no podía aceptarse por los que no se habían detenido en la geografía aristotélica y ptolemaica en Portugal y en España, donde gracias a uno de los peritos que oyeron al Almirante, sabemos que todos acordaron que no podía ser verdad lo que el dicho Almirante sostenía, y esta cosa era el alargamiento de la masa eurásica hasta formar una zona sólida interrumpida solamen-



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

te en una sexta o séptima parte del círculo terrestre, o sea que el océano interpuesto tenía para Colón 800 leguas, poco más o menos, de anchura media.

No es difícil demostrar que así era, al menos, cuando España patrocinaba la empresa. El *Diario* no consigna paladinamente dicha cifra, que resultó errada, incluso con la interposición de América, en unas 350 leguas, pero viene a comprobar lo que sabemos por su hijo Fernando: promesa a los tripulantes de que a unas 750 leguas de Canarias se arribaría al Cipango. En efecto, el día 3 de octubre, cuando se hallaban, próximamente, a la distancia pronosticada de Canarias —según la cuenta secreta de Colón, porque la pública registraba menor recorrido, 793 y 654 leguas, respectivamente— cree que quedaban ya atrás las islas que llevaba pintadas en su mapa, una de las cuales debía de ser Cipango. No se detiene en su busca porque quiere ir primero a las Indias, y poco después —el 6 de octubre— confirma que es mejor ir antes a tierra firme y después a las islas.

Es natural que Colón procurase en su relato sintonizar los resultados del viaje con sus pronósticos o teorías y disimular las contradicciones. Por eso no dice expresamente que Cipango quedase atrás, y luego, cuando se encuentra con las islas el 12 de octubre, dirá en Guanahaní que quiere ir a topar la isla Cipango, aunque desde el día 6, y, muy probablemente, también desde el 3, navegaba con la ilusión de aportar a tierra firme. Más tarde las suposiciones alternarán entre el Cipango y la tierra firme del Catay, por donde se cree el 30 de octubre y 1º de noviembre. Después de fondear ante las Indias Occidentales y por la necesidad en que se hallaba de acomodar su doctrina a las realidades tangibles, el *Diario* es poco útil para fijar con cierta precisión esa doctrina. De los días anteriores surgen a veces hálitos que permiten analizar la atmósfera geográfica que respiraba el Almirante, atmósfera llena hasta la saturación de las Indias, de la tierra firme oriental. Repásense los días 16 de septiembre, el 19,



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

en cuyo día y a 440 leguas de Canarias[13] no se detiene buscando ciertas islas porque quiere ir adelante hasta las Indias y a la vuelta podría verlas y por fin el 3 de octubre, traspuestas ya más de 750 leguas, las islas del mapa de Colón quedaban ya rezagadas.

En poco o en mucho flaqueaban los soportes de la teoría del genovés y el teorizante mismo lo veía. El 10 de octubre —y seguramente antes— también lo verá la tripulación. Había cruzado un piélago de más de 800 leguas, según la cuenta pública, y ya no lo podía sufrir. Si se quejaban los tripulantes tendría que ser por haberse cubierto el trayecto anunciado para alcanzar el blanco de la expedición: las Indias. Y si Colón anunció el Cipango a unas 700 ó 750 leguas de Canarias es indudable que por elemental cautela se tomaría un margen apreciable dentro de esa cifra, o sea, que anunció esa distancia por creer que bastante antes toparía el Cipango, isla que para el Descubridor pertenecía ya a las Indias, según se desprende del *Diario;* pues entre las primeras que descubrió y que identificó con las del extremo Oriente, quiere buscarla, como se lee el 13 de octubre, y poco después, el 21 y otros días la identifica con Cuba, terminando después del 28 —en que se sitúa a diez jornadas de la tierra firme[14]—por creer que está costeando una región continental y en consecuencia, que la famosa isla de Marco Polo quedaba atrás. Claro es que esta consecuencia no la declara el Almirante, pero es corolario de lo que consignó en el *Diario* desde el 29 de octubre al 2 de noviembre. También se in-

[13] Los pilotos descubrieron allí sus puntos, el de Santa María estaba a 400 leguas. Una nota de Navarrete dice que la distancia que señala el Almirante era exacta. Pero la suma de las distancias desde Canarias da 440. Las 400 deben ser las de la cuenta pública que llevaba y que no era la verdadera.

[14] Este cálculo lo pudo establecer, suponiéndose en Cipango, por la distancia de 1.500 millas que Marco Polo pone entre esa isla y el Catay, y por la jornada media que habían hecho las carabelas en su travesía, unas 36 leguas, que a cuatro millas y en diez días, suman próximamente lo dicho por M. Polo. En el ejemplar que anotó Colón (el P. Gorricio y Fernando) se lee 1.400 millas.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

fiere, o puede sospecharse al menos, que la lectura de Marco Polo no era muy anterior a la partida de Palos, pues el día 30 de octubre al nombrar la ciudad de Catay, agrega: que diz que es muy grande, según le fué dicho antes que partiese de España (Ciudad del Catay debe ser error del copista por ciudad de Quinsay. El día 1º de noviembre se escribe Guinsay). Si como parece probable, leyó Cristóbal en casa de su suegra, la carta de Toscanelli a Martins, no necesitaba referirse a Quinsay según lo que le dijeron en España. ¿Falta de memoria y de precisión en el Almirante, o uno de tantos casos en que se exacerba el pesar por no tener el original del *Diario* y quedarnos solamente el extracto hecho por el P. Las Casas?

Esa base del sistema geográfico colombino referente al espacio oceánico que se vislumbra en el *Diario,* es dable divisarla igualmente desde otro punto de mira. No sólo el Descubridor sino los que le oyeron explicarse, los mismos Reyes Católicos nos enseñan, acaso, que las Indias se ponían por el que se las ofrendaba próximamente a esas 800 leguas. Léanse algunos renglones de la carta que le escribieron desde Segovia en 1494: "paréçenos que todo lo que al prinçipio nos dixistes que se podría alcançar, por la mayor parte todo ha salido çierto, como si lo ovierades visto antes que nos lo dixistes". Estas frases son bastante fructuosas para detener la atención sobre su recto significado. No expresan que de todas las cosas profetizadas por Colón salieran ciertas una mayoría, se quiere decir que todas las cosas o que cada una de ellas, en su mayor parte habían resultado gemelas con las pinturas que ante los Reyes había hecho al principio. Y tenemos que aceptar como una de las pinturas que con más viveza haría el Almirante, la del corto tránsito a esas regiones,[16] brevedad de tránsito que indudablemente fué cau-

[16] El documento se publicó por NAVARRETE (*op. cit.* t. 2º) pero quien destacó la densidad del párrafo transcrito fué el repetido D. LUIS DE ULLOA quien lo recogió y reprodujo fotográficamente la primera página —en su *Historia de América* (ed. Gallach)— para apoyar su sin-



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

sa fundamental de desacuerdo entre la Junta y el genovés. La parvedad del viaje a las Indias por la ruta marina, clave del sueño colombino, queda en su mayor parte comprobada de potente manera por la notable carta de los Reyes Católicos, respuesta a otras enviadas desde las Antillas en el segundo viaje. Como en éste se encontraron islas de las Indias —de las Indias según se creyó entonces— a 750 leguas, no dejaría de anunciar en sus cartas este extremo Colón a los Reyes, extremo que era la prueba definitiva de la exactitud de sus cuentas. Nada extraño hubiera sido que los Reyes en el caso de referirse especialmente a este punto, hubiesen dicho que la distancia se ajustaba en un todo a la verdad.

La cifra dada por Fernando Colón, traslucida por su padre en el *Diario* y comprobada, al parecer, por los Reyes Católicos, la ratifican algunos testigos de los pleitos colombinos en la Probanza del Fiscal —iniciada en Sevilla en 1515— al contestar a la pregunta 15 del interrogatorio. Unos no saben nada de su contenido, varios lo confirman por habérselo oído a los marineros de 1492, y otros como Manuel Valdovinos y F. García Vallejo, lo detallan con cierta extensión. El texto de dicha pregunta, sintetizado, es: que corrieron desde la isla de Hierro hacia el Oeste 800 leguas, y que 200 antes el Almirante se hacía con la tierra y no sabía donde ir, por lo cual acudió a Pinzón, le dijo que habían andado 200 leguas más de lo que pensaba para hallar la tierra y le pidió su parecer sobre lo que debía hacerse. Quítese de tal pregunta las exageraciones referentes al carácter de la consulta y confusión de Colón, y siempre quedará una nueva prueba de procedencia muy distinta a las fuentes colombinas, de que se imaginaban las Indias a unas 700 u 800 leguas de las islas Canarias.

gular tesis sobre el predescubrimiento, en la que no podemos secundarle lo más mínimo. Creemos más lógico que apoya nuestro modo de ver la teoría geográfica cuyo fruto fué el continente americano. Dicha carta puede leerse también en Las Casas, cap. 103 del libro primero.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

Creemos haber demostrado que el término de la empresa se fijaba en unos 4,500 ó 5,000 kilómetros, y quizás menos.[16] Esta precisión del recorrido implica en Colón una base muy circunscrita que no puede ser Ptolomeo, ni Marino de Tiro, que daba la máxima flexibilidad a Eurasia, ni tampoco Plinio, autor mencionado en el *Diario*. De los teólogos y filósofos citados, en globo, con ocasión del paraíso terrenal, el libro de Esdras o el de Ailly, son los que permiten evaluar la anchura oceánica, y por el carácter de este último que facilita la articulación de un plan de descubrimientos como el colombino, debemos considerarlo mentor del Almirante para sus cálculos itinerarios y situación del paraíso terrenal.

El ejemplar manejado por el Almirante que se guarda en la Biblioteca Colombina, se halla moteado de notas escritas en diversas épocas y por diversas manos, aquéllas poco alejadas entre sí, y éstas poco distanciadas igualmente, por pertenecer a la misma familia; son las manos de Bartolomé, Cristóbal y Fernando Colón, quienes guardan este mismo orden en cuanto a la cantidad de apostillas que les corresponde: muy pocas a Fernando y muchas a Bartolomé. Por éste y por su hermano —ya se verá en otra sazón, la parte de cada uno— se ocupó el folio 5 recto que estaba en blanco, con una tabla de horas y minutas según los días del año y los grados de latitud, y con los signos del Zodíaco, escrita tal tabla con tinta negra y roja, y acompañada de dos notas explicativas (a falta del incunable puede verse en Lollis, tabla 68, nota 1); se puso foliación al índice de los capítulos impreso en el folio 7, en cuyo verso se principió a encabezar las páginas con los títulos de cada tratado; numeráronse los folios a partir del 8; añadióse en muchos capítulos la letra inicial de su primera palabra, letra que suele faltar en los libros incuna-

[16] El *Diario* registra diversas veces la equivalencia de esas leguas en cuatro millas y que en un cuarto de legua son mil pasos. —9 diciembre—. Como mil pasos equivalen a 1.476 metros, aparece un valor análogo para la legua, 5.920 metros, y según éstos, a 700 y 800 leguas corresponden 4.144 y 4.726 kilómetros respectivamente.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

bles, como los de Eneas y Marco Polo, y hasta se corrigieron algunas erratas de impresión, como en el folio 8, en la tabla de las horas de iluminación o día artificial, y en el 28, en que se lee al verso y en la línea 4 del final: "Gadis insula infine boecie..." Sobre esta última palabra, Bartolomé, con letra microscópica, enmendó: *betice*, etc., etc. Por cierto que estas cosas, y buen número de otras, no las hemos visto en la reproducción de Lollis, que poco enseña sobre ellas, sino en la misma *Imago Mundi*, de la que podemos decir en verdad, igual que Las Casas en su capítulo XI: "Este libro muy viejo tuve yo muchas veces en mis manos ... para averiguar algunos puntos pertenecientes a esta historia..." Dice su autor, Pedro de Aliaco, repetidas veces, que el grado terrestre mide 56 millas y dos tercios, evaluación de la que se hacen eco constantemente los hermanos ligures desde el principio al final del libro, en unas ocho o diez ocasiones, tres de ellas en un mismo folio el 14, dos al recto siguiendo el texto y una al verso, y además en esta tercera insistencia, añaden: "hic est realis reliqua vero vocalis". Algo adelante, en el folio 42, torna a glosar la estimación del texto, confirmándola sin discusión: "hec est veritas", y en igual folio y página, en el margen interno, Bartolomé redactó la famosa nota 490 en la cual nos refiere que muchas veces al navegar desde Lisboa hacia el sur, comprobó la longitud del grado, que resultó de acuerdo con Alfragano, ser de 56 millas y dos tercios, por lo cual mide el Ecuador terrestre, 20,400 millas.[17]

[17] Esa concordancia es ilusoria pues las millas árabes de Alfragano eran más largas que las italianas empleadas por los Colones. Cfr. ALTOLAGUIRRE: *Cristóbal Colón*... cap. 3. Ya hemos dicho que la presente apostilla es de Bartolomé, no de Cristóbal. Para la discriminación de notas entre los hermanos conviene grandemente recordar un pasaje de Las Casas, inmerecidamente descuidado por muchos de los que han discurrido sobre las apostillas, el cap. CI en que cree gran marinero a Bartolomé "por los libros y cartas de marear glosados y notados de su letra", y también lo tiene por "muy buen escrivano, mejor que el Almirante, por que en mi poder están muchas cosas de las manos de ambos". El capítulo XXVII del mismo autor y obra, también es fundamental y aunque citado con frecuencia, no se le interpreta siempre con la corrección



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

Aunque sea Bartolomé y no su hermano quien comprobó muchas veces el valor del grado, es innegable que este último podía otorgar si no por experiencia propia, por sugerencia fraternal, a cada uno cincuenta y seis millas y dos tercios, y cinco mil cien leguas al círculo terrestre, o sea unos treinta mil kilómetros. Como éste tiene unos cuarenta mil, Colón lo disminuía en una cuarta parte, de acuerdo con la *Imago* que reiteradamente habla de su pequeñez, de que lo cubierto por las aguas es poco, etc. Dicha obra tampoco se olvida del libro IV de Esdras con sus seis partes de corteza sólida y la séptima líquida.

La apostilla 490 a que acabamos de referirnos tiene singular importancia y reza así: "Nota quod sepe navigando ex vlixbona ad austrum in guinea, notaui cum diligentia viam, ut solent naucleres & malinerios, & postea accepi altitudinem solis cum quadrantem & aliis instrumentis plures vices, & inueni concordare cum alfragano, videlicet respondere quolibet gradu miliaria 56 2/3, quare ad hanc mensuram fidem adhibendam est. igitur posimus dicere quod circuitus terre sub arcu equinociali est/20400/ miliaria///

similiter quod id, inuenit magister yosepius/ fixicus & as-

debida. En este capítulo transcribe la célebre apostilla 23, yacente en el margen interno del folio 13, y en la cual sintetiza la expedición de Bartolomé Díaz al sur de Africa. La sentencia de Casas no puede ser más formal y decisiva sobre el autor de tal apunte: "de la misma letra y mano de Bartolomé Colón la cual muy bien conoscí y agora tengo hartas cartas y letras suyas tratando deste viaje". Después de reproducir la nota insiste en la misma atribución. Recordando estos fallos de quien poseyó documentos genuinos escritos por uno y otro varón ligur, conviene luego: manejar personalmente el Libro de las Profecías y el de Marco Polo, en los que se hallan bastantes glosas escritas por Cristóbal Colón auténticas e indubitables; (el libro de Plinio si se quiere completar el examen) después los de Aliaco y Eneas que requieren cada uno bastante tiempo; y constantemente una gran prudencia en las afirmaciones para no reincidir en el caso de Lollis que aplicó a D. Cristóbal cientos y cientos de notas que no le pertenecen, ni para adoptar la moderna tesitura de algunos estudiosos contemporáneos que disocian al Almirante de ellas, o propenden a conexionarlas con los franciscanos de La Rábida.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

trologus, & alii plures, misi solum ad hoc per serenissimum regem portugalie//

Idque potest videre quisquam mentientem per cartas nauigationum/ mensurando de septentrione in austro per occeanum extra omnem terram per lineam rectam, quod bene potest incipiendo in anglia vel hibernia per lineam rectam ad austrum vsque in guinea///"

Reconocedor Vignaud de la trascendencia de tal apostilla, intentó menguarla con la especiosidad de no tener Colón saber suficiente para medir la extensión del grado, como si las reglas generales para determinar los grados de latitud fueran tan difíciles. Lo arduo es la precisión, justipreciar las correcciones que deban hacerse, evitar causas de error. Precisamente una ciencia incompleta como la de los Colones, podía dar partos tan defectuosos como el de 56 millas y 2/3 para la trescientasesentava parte de la circunferencia. La reiteración en el error al decir que comprobaba midiendo en los mapas su cálculo, nos denuncia también que las cartas hechas o empleadas por los dos hermanos, eran bastante inexactas.[18] Esas 750 u 800 leguas que Colón atribuye al océano interpuesto entre las costas de las Indias y las del mundo antiguo —el meridiano occidental de Canarias es poco más o menos el del Cabo Verde en el continente africano— está precisamente entre la sexta y la séptima parte del circuito terrestre apreciado en 5,100 leguas, y aunque la prudencia aconsejara a Colón profetizar a sus marineros una distancia mayor de la que él suponía, no era del todo imprudente la que adelantó, pues conocía la decreciente extensión de los paralelos y que el 28, el de Gomera, tenía bastante menos que 5,100 leguas. Por prudencia también llevaba durante la navegación un

[18] Esta ratificación por los mapas ha sido mal interpretada por Nunn, como ya advirtió Magnaghi.

Don Jorge E. Nunn es autor de estimables estudios sobre los problemas geográficos del Descubrimiento. Coincidimos con él en que Colón se apoyaba en un grado de 56 2/3 millas, pero nos apartamos en otras apreciaciones relativas a esta evaluación y a la ruta seguida en el primer viaje.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

cómputo del camino recorrido menor que el verdadero. Otra nota de Ailly —la 37— en el capítulo XI, al comentar la situación de Trapobana, al este de la India, deduce que en este caso distaría del occidente 58 grados, y 58 en relación con los 360 de la circunferencia queda entre un sexto y un séptimo, la misma proporción que ya hemos encontrado. Si la nota entraña alguna potencialidad probatoria sería a favor de nuestra tesis, y como es de la letra mejor entre las dos de las sendas manos que principalmente apostillaron la *Imago*, y, más todavía, está dentro de un marco, el típico con que Bartolomé suele encuadrar algunos de sus apuntes, claro es que ese cálculo pertenece, por comunión, a la hermandad genovesa, tan gemela, tan unida en sus opiniones científicas, en sus proyectos y en su actuación, como difícilmente se hallará otra.[19]

Nos parece que en virtud de todos estos antecedentes, podemos afirmar:

que los hermanos Bartolomé y Cristóbal Colón, llegaron en sus planes descubridores a emplazar los extremos orientales de Asia a unas 650 ó 700 leguas (de cuatro millas italianas) de Canarias;

que a esta distancia, poco más o menos, pensaban encontrar la India insular, las numerosas islas que mapas de la épo-

[19] El apunte de Bartolomé referido, glosa un pasaje de Ailly en que éste, apoyándose en Albateño, localiza en frente de la India, al Oriente, a Trapobana (o Taprobana) y el apostillador comenta luego: "nota quod si taprobana est vt superius// distaret a vero accidente ad zepheris/. g. 58. quare bene dicimus quod inter hispaniam & indiam est Paruum marem". Inmediatamente encima de ella, el mismo Cristóbal, con su menor esmero en la letra y seguramente antes que Bartolomé la detallara como hemos visto, se limitó a reproducir lo que decía el texto con estas palabras: "taprobana est ad opositum indie/ quia versus oriens in oposito habet gentes". Esta nota se acompaña con el dibujo de una mano, tanto como otros dibujos análogos visibles en el *Libro de las Profecías* y en Marco Polo, que, sin duda ninguna, trazó Cristóbal. Don Simón de la Rosa, bibliotecario de la Colombina, hizo igual distribución de los dos apuntes. Vid. *Libros y Autógrafos de Cristóbal Colón*. En cuanto a Taprobana o Trapobana se refiere aquí a Sumatra y no a Ceilán. Vid., por ejemplo, el famoso mapa catalán de Abraham Cresques.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

ca situaban al fin del Oriente, entre ellas la de Cipango; que la tierra firme asiática no quedaba respecto de esta isla más allá de unas 300 ó 350 leguas; y

que tales opiniones podemos leerlas o deducirlas juntamente, no sólo en el *Diario* de Cristóbal, el libro de su hijo y el de Las Casas, —a los que se pretende recusar por sospechosos de bastardía— sino en elementos adversos a los Colones como las Probanzas del Fiscal; en frases irrecusables de la declaración del doctor Maldonado y de cartas de los Reyes Católicos cual la de agosto de 1494 escrita en Segovia, piezas que no pueden ser impugnadas por ningún aristarco; en la contradicción constante y casi general que tuvieron los proyectos descubridores y sobre la que no hay explicación más plausible que la natural dificultad entre los entendidos, prácticos o teóricos, de asentir a una reducción de nuestro planeta y de la distancia entre la India oriental y el Occidente europeo, tan grandes como afirmaban los hermanos genoveses; y por último en las apostillas colombinas de la *Imago Mundi* e *Historia rerum,* colombinas no sólo espiritual sino materialmente, por ser hijas de las diestras de Bartolomé y Cristóbal, (y Fernando, pero éstas no interesan a nuestro objeto) quienes además de producirse múltiples veces sobre la reducida magnitud del grado, la angostura del trecho marítimo entre el orto y el ocaso del mundo antiguo (el nuevo no existía para ellos ni en la mente) y la modicidad del área cubierta por las aguas, también afirmaron expresamente que los extremos oriental y occidental se alejaban por tierra mucho más de los 180 grados de la circunferencia planetaria; por ejemplo al fin del folio 41 (nota 486 de Lollis):

"A fine occidentis vusque ad finem indie per terram est multo plus quam medietas terre videlicet g. 180. cuius latus orientalis est prope africe vel ispanie/ et pars terre opposita huic medietati videtur esse habitabilis sicut ista/"

Hemos elegido esta nota intencionalmente por terminar



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

en esa cualidad de habitable que se debe ver en la parte oriental opuesta a la occidental, repetida literalmente del texto, que aclara, además, la razón de esa habitabilidad: "considerando viam naturalis philosophie. . ." Esta es importante porque ofrecía, como muchas otras, ocasión a los hermanos ligures, de ratificar por su propia experiencia, los dictados que reproducían del libro, si tales reiteraciones, las cosmográficas singularmente, se hubieran escrito después del Descubrimiento, como pretenden Vignaud y otros americanistas. César de Lollis en su controversia con D. Enrique (legible por ej. en la última edición de su *Cristoforo Colombo*) observó muy juiciosamente, que Vignaud nos presentaba un Almirante estudiando el Aliaco después de descubrir América, y —como secuela obligada— "facendo gli sforzi che non si riesce quasi a immaginare, perche non gli sfugga la piu lontana allusione alla impresa enorme gia compiuta". Por supuesto que es de básica y sustancial notoriedad el hecho de haber ratificado los dos puntales de su credo cosmográfico —glosados de pasajes de los libros de Ailly y Pío II— por su propia experiencia: el de la vecindad del Catayo o Levante asiático por las personas vistas en Galway, y la reducida extensión del grado por estimaciones verificadas en viajes a Guinea, en los que también comprobaron la habitabilidad de las regiones intertropicales. En consecuencia de estas ratificaciones, extraño, de extrañeza insólita debe parecernos que, luego de haber demostrado prácticamente, y en contra de tantos adversarios y *difamadores,* la proximidad de la India (de la India creyeron los Colones siempre y en los primeros años de su triunfo descubridor casi todos sus contemporáneos) y que la zona tórrida también estaba poblada en las nuevas tierras descubiertas, no pusieran la menor confirmación de estos hechos entre tantos centenares de apostillas.

Otra parte tiene la observación de Lollis —no haber en la *Imago* una sola glosa que se pueda llevar más acá de 1491— que sería discutible, pero el examen de esta segunda parte así



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

como el de los errores y lapsus existentes en sus indagaciones colombinas y en la misma reproducción de las apostillas —por ejemplo y sin ir más lejos en esa que numeró 486— se apartan en tiempo y espacio de nuestro propósito actual.

*Emiliano JOS,*

*(Correspondiente de la Academia de la Historia)*

Logroño, octubre 1941.



Derechos Reservados
Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia